

## Resumen

Ponencia presentada con ocasión de la celebración de la semana de la lengua dedicada al prócer cubano José Martí. Su presentación es una reacción a la película *El ojo del canario* del director cubano Fernando Pérez sobre la infancia y adolescencia de José Martí y que fue estrenada en el 2010.

**Palabras claves:** El ojo del canario, José Martí, película biográfica, revolución cubana

Los segmentos narrativos de *El ojo del canario* que abren con José Martí, lo muestran escribiendo. El acto que lo hizo destacar por sobre sus coetáneos, que le acarreó el presidio en su adolescencia, que adelantó su muerte en la madurez y que le ganó la inmortalidad. Lo cual me hace volver al consejo de Confucio de que en aquellas sociedades donde prevalece la injusticia, pueden no ser valientes nuestras acciones, pero debe ponerse cuidado en nuestras palabras, más todavía, cuando el balance de este pensador chino en sus *Analectas*: “El hombre sabio se complace en mirar al mar; el hombre virtuoso encuentra placer en las montañas. Porque el hombre sabio está inquieto y el hombre virtuoso tiene calma y serenidad”, lo encontramos en los repetidos versos del cubano: “el arroyo de la sierra, me complace más que el mar”.

Siendo muy joven, y reconozco que mi apreciación entonces era reduccionista, buscaba en los cines de La Habana las películas de Fernando Pérez, pues intuía, por las reseñas verbales de algunos amigos que las habían visto, que encontraría en ellas, en pantalla grande, en la proporción de los 35 mm y a la velocidad de 24 cuadros por segundo, el desquite, la protesta, ante tanta injusticia que percibía a mi alrededor. Un equivalente en el cine al resarcimiento que en la literatura me proporcionarían poco después libros como los de Leonardo Padura.

Saber que el director se implicaría con la figura de José Martí, en una película con una narración cronológica, más convencional, fue compartir la preocupación del espectador. Dense cuenta que como cubano, he tenido que llegar a José Martí a través de sus propios textos, a contracorriente de las personas que se suponen deben enseñar a valorarlo. *La Edad de Oro* es el volumen con el que solía castigarse a los niños indisciplinados en la enseñanza primaria. Decir al final de clases, la maestra o la auxiliar pedagógica: “Saquen su *Edad de Oro*”, era el anuncio de que tendríamos que copiar a mano una, dos y hasta tres veces, algunos de sus textos. Y siempre los más largos. También influye el que determinadas frases de José Martí, a través de las

---

<sup>1</sup> Este escrito se ha modificado de acuerdo con el formato de la revista.

<sup>2</sup> Autor y periodista cubano radicado en la Florida. Participo como conferenciante invitado en la semana de la Lengua dedicada a José Martí auspiciada por la Escuela de Lenguas Modernas, abril 2016.

décadas, nuestros políticos las han entresacado a su antojo para hacer más convincente el convidarnos a la obediencia.

Pude ver la película previo a que se filmara, pues un par de años antes de su producción, siendo estudiante universitario, gracias al propio Fernando Pérez, leí un borrador del argumento cuando todavía no lo había desarrollado por completo. Luego, alrededor de marzo de 2011, al recibir el encargo de preparar un volumen que recogiera los textos que había generado el filme, tras la investigación en bibliotecas y buscadores, y varias entrevistas, me decanté por una selección y no compilación en la que se leyera la multiplicidad de enfoques críticos que desprenden medios tan diversos como la prensa periódica, revistas culturales más generales, publicaciones especializadas en cine y análisis académicos. Supuse entonces que una pieza que haría funcionar el volumen era aquel argumento. Fernando Pérez me lo envió en el adjunto de un correo en el que ponía: “Esa fue la crisálida, el embrión, la nanopelícula: la semilla que floreció”.

El fragmento de la niñez a la adolescencia que abarca *El ojo del canario*, busca dar toda la vida de José Martí. El todo por la parte. Cartografiar el código genético de su inconformismo, de su disidencia respecto al orden, a lo establecido, a lo políticamente correcto de su tiempo, que nos hace contemporáneos sus reportajes, cartas, discursos (extraordinarios los tres), su poesía (mejor y peor) y su atrevida novela (fallida). Es decir: su literatura.

El primer segmento se titula “Abejas”, siendo el colofón de la película los versos: “roza una abeja mi boca/ crece en mi pecho el mundo”. O sea, de un hecho insignificante, el genio hace que su repercusión creativa sea inmensa.

La primera reacción de su personaje es la resistencia: silencio a pesar de los reglazos del profesor. Este le asegura: “José Julián Martí: conmigo vas a aprender lo que es justicia”. Quien responde en su lugar es el padre, en la escena del mercado, durante su explosivo arbitraje entre el carretonero y la adinerada dama: “¡Nadie tiene que enseñarme mis obligaciones cuando se trata de justicia!”, vocifera. Pero ambos recibirán igual reprimenda durante la visita al colegio: “Su hijo es muy aplicado, pero hay que enseñarle cuáles son sus obligaciones”.

Nótese que la mayoría de los personajes que acompañan a José Martí de un capítulo a otro de *El ojo del canario*, son aquellos que demandan un alto nivel de compromiso, los que en psicología podríamos identificar como entidades represoras: la familia (extendida a su adquirido hermano Fermín Valdés Domínguez), la escuela, el gobierno. Los que lo inclinan a la rebeldía suelen relevarse, terminan en su episodio: el esclavo Tomás, el bodeguero Anastasio, el peluquero Bermúdez.

Asistí a varios de los preestrenos de *El ojo del canario*: a una primera vista que se hizo para la prensa (de manera fortuita), a una exhibición a inicios de 2010 que Fernando Pérez

insistió fuera en la ciudad de Camagüey (evento al que ya tenía invitación), y a varias funciones en la capital. Aquella vez en Camagüey, un joven crítico descollante, afirmó a voz en cuello que la película era un fracaso, todavía más, un retroceso en la obra de Fernando Pérez. Lamentablemente, ante el respaldo de especialistas y público que acompañó luego a la obra, no se atrevió a responsabilizarse de su opinión en la página impresa.

Pero considero que *El ojo del canario* muestra el típico “estilo Fernando Pérez” desde la irrupción de esos toldos negros que cubren la calle Obispo por la que caminan el niño y su padre, que nos repiten la atmósfera expresionista que desbordan sus anteriores *Madagascar*, *La vida es silbar*, *Madrigal*. De hecho, siglo XIX incluso, puede que *El ojo del canario* sea, de las películas de Fernando Pérez, la menos simbólica, la más ambientada en el presente cubano. La discusión de los adolescentes a partir del término “democracia”, los cubanos la entendemos de sobra en su actualidad perfecta. Que no conocemos lo que es democracia, porque siempre hemos tenido un problema con la libertad, es decir, su ausencia.

Hacia el principio de *El ojo del canario*, José Martí niño, más que protagonista, es hilo conductor de una trama que descansa sobre el personaje del padre. Don Mariano contempla un aguacero con la aspiración de que este lo limpie todo. Dicho diluvio purificador, es un deseo cubano recurrente, que encontramos intensificado en un vendaval como el que clausura la novela *El color del verano* de Reinaldo Arenas. Pero el agua solo consigue empapar a Martí y enfermar de muerte a su pequeña hermana. Es decir, en llevarse lo bueno, la esperanza.

Cuando la acción se traslada a Matanzas, región a la que don Mariano llega con la ordenanza oficial de terminar con la trata negrera, el ayudante le comenta: “Eso mismo dijo su antecesor y la realidad lo disuadió”. Otro factor que los cubanos conocemos de sobra: una realidad que disuade. Es la sabiduría acumulada que nos recomienda no salirle frontalmente a los obstáculos, sino valiéndonos de subterfugios. El tipo de actitud que en *El ojo del canario* promete la conmutación de la pena al propio Martí, en el acto de sumisión de su madre al capitán general de la Isla.

Personaje de intensidad creciente, invisible casi al principio, protagónica en el epílogo, esa doña Leonor genuflexa, los cubanos la conocemos muy bien. La obligación perenne de renunciar a la dignidad por salvar la vida, o sea, el anhelo de recuperarla. Es el tipo de actitud que casi lleva al adolescente Martí en *El ojo del canario* a repetir: “¡Viva España!” Por un recurso narrativo típico del cine, la reaparición del antiguo maestro convertido en voluntario, por azar, lo salva de sucumbir. Es su madre quien lo hace por él. Pero esa dubitación, esa disposición a decirlo, de la que luego se redimirá durante su arenga en el proceso judicial que se le abre, acerca el personaje a nosotros, es el equivalente a la mano alzada de Cary Grant en el restaurant

de *North by Northwest*, donde lo confunden con George Kaplan, y que mantendrá en vilo a un espectador que se percata (sin que el propio personaje tenga conciencia), que en lo sucesivo es la suya una existencia complicada.

Fernando Pérez ha reconocido inspirarse en la pieza teatral *Aire frío* de Virgilio Piñera al componer el cuadro doméstico familiar de *El ojo del canario*. Y que armó el Mariano Martí pensando en su propio padre. La pieza teatral de Piñera, de 1959, propone un arquetipo de la familia cubana, pobre en su mayoría, que no ha perdido vigencia. “Mañana será otra día, mañana quiero hacer carne con papas”, parodiaba su personaje Luz Marina a la Scarlett O’Hara de *Lo que el viento se llevó*, en su frase popularizada más por la película que por el libro de Margaret Mitchell. “Mamá, ¿por qué en el almuerzo no haces carne con papas, hace tiempo que no comemos carne con papas?”, pide una hija a doña Leonor en *El ojo del canario*. Un elemento del cine, reciclado por el teatro, que vuelve al cine.

Virgilio Piñera fue el autor que dijo de Martí: “Martí gritaba, exigía, se rebelaba”. Y escribió una pieza titulada *Los siervos*, censurada por décadas en Cuba, que no fue más que el resultado de su arraigada cercanía al pensamiento martiano. Nótese el parentesco desde el título con el siguiente comentario de José Martí en “La futura esclavitud de Herbert Spencer”, de 1884: “De ser siervo de sí mismo, pasaría el hombre a ser siervo del Estado. De ser esclavo de los capitalistas, como se llama ahora, iría a ser esclavo de los funcionarios. Esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él; y en ese sistema socialista dominaría la comunidad al hombre, que a la comunidad entregaría todo su trabajo”.

En la finca del Hanábana, sentados en el portal, los dos Martí, padre e hijo, contemplan en *El ojo del canario* la misma noche cubana que el escritor José Lezama Lima escrutó en su poema “Noche insular, jardines invisibles”, donde el ideal de lo que Cuba puede ser, solo se atisba en el fugaz instante que corresponde a las altas horas, al sueño, al momento del día donde se trastocan nuestros hábitos. Martí llega a afirmar en un poema: “Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche. ¿O son una las dos?...” O sea, la noche concede la libertad que no le brinda su país, país en el que pretende materializar ese espejismo que le revela la noche. Noche en la que en *El ojo del canario* se alcanza la liberación de masturbarse, y donde el esclavo Tomás le transmite el secreto, el rumor, de esa tierra cubana que otra escritora exilada, Lydia Cabrera, diseccionó en su libro *El monte*.

¿Por qué escoge Martí identificarse con Tomás y con los esclavos que son descargados en ese cenagal? No se explica solo con el hecho de que antes los jimaguas en la escuela le hayan advertido: “¡Tú eres nuestro esclavo y lo tienes que hacer!” Porque era un individuo obstinado. Su propia esposa, Carmen Zayas Bazán, le criticó en algún momento su “incapacidad para vivir bajo ningún gobierno”. Su obstinación mayor no fue la libertad de Cuba, sino ser cubano. Habiendo nacido y permanecido solo hasta la adolescencia en una demarcación colonial, y

viviendo errante muchos más años, versos como: “Cuba nos une en extranjero suelo,/ Auras de Cuba nuestro amor desea:/ Cuba es tu corazón, Cuba es mi cielo,/ Cuba en tu libro mi palabra sea”, son puro voluntarismo.

Me interesa sobre todo el último verso: “Cuba en tu libro mi palabra sea”. Téngase en cuenta que la única Cuba que conoce Martí es la diseminada en el destierro, la isla (archipiélago, como se prefiera), es solo la que su imaginación edifica o proyecta para algún día.

“Libre, libre...”, escuchamos en *off* la voz de Tomás mientras el niño, semidesnudo, cabalga con los brazos en cruz por la orilla de la playa. Esa imagen, prefiguración de su muerte en Dos Ríos en 1895, original en el guion de Fernando Pérez, resume una monografía de José Martí. Fue su madre quien le recordó en una carta: “Todas las grandes ideas tienen su gran Nazareno”.

“Todo lo que sé de justicia se lo debo a él”, responde Martí al alcaide refiriéndose a su padre. La preponderancia de Mariano Martí por sobre el maestro Rafael María de Mendive en *El ojo del canario* significa arriesgarse a revertir en Cuba años de interpretaciones nefastas como presumir que José Martí debía su mayor aprendizaje a un cubano por sobre un español. Existía hasta un croquis aberrado que se impartía en clases que asumía una continuidad en el hecho de que el pensador cubano Félix Varela había sido maestro de José de la Luz y Caballero, y este a su vez de Rafael María Mendive. Hasta se traía a colación, como si significara algo, que Varela había muerto en el año del nacimiento de Martí: 1853.

José Martí aprende su honestidad intelectual en un hogar español, para más, pobre, que por momentos lo rechaza. La pobreza ha sido otro de los métodos con el cual los gobernantes cubanos todavía son pródigos para controlar a quienes dominan. Paradójicamente, el principal elemento, el arma de Martí, en su oficio de libertador, será la mejor herencia del sistema que lo oprime: la lengua española.

*El ojo del canario* toda es como una gran prolepsis, un cifraje de la biografía de José Martí. En las rimas del juego de la vida que recitan antes de dormir, ese de “A la una, nací yo. A las dos, me bautizaron...”, está la hermana que no conoce el significado de “afligieron”, otra no pronuncia muy bien “amortajaron”. Luego, el mentor Mendive, lo interrumpirá mientras traduce a Lord Byron. Afligido, un final como el del poeta inglés, amortajado, circunstancias martianas. “Martí no debió de morir”, cantaba una clave cubana, pero quizás la suya fue una muerte a tiempo. Su figura plantea más problemas que soluciones. ¿Por qué continuó su acción revolucionaria la misma persona que en su poema “Isla famosa”, clama: “Aquí estoy, solo estoy, despedazado... Sacra angustia y horror mis ojos comen... Dónde, Cristo sin cruz, los ojos pones?... ¿En pro de quién derramaré mi vida?” A los cubanos, José Martí nos complica la vida más de lo que nos la facilita. Se suele decir que ha sido nuestro guía, pero su existencia y su obra, excepción y no regla, no nos ayuda, porque fue modélica hasta el punto de la

inverosimilitud. Cuando el padre le regaña: “Usted no tiene más patria que esta familia, y en esta familia no existe Cuba ni España, sino la sangre que yo le di”, no es un funcionario español ni un renegado cubano quien le habla, sino el sentido común aprendido con los golpes de los años.

Reconozco que en la presentación que hice a la selección *José Martí: el ojo del canario*, me detuve más en el proceso de realización de la película, que en la película misma. Confieso también que de tener la oportunidad de repetirlo, hoy sería menos voluminoso. Quizás hoy rechazo el libro, pero me sigo quedando con la película. Elijo ver otra vez *El ojo del canario*.